

La subscripción de este diario... (introductory text about the newspaper's subscription and its commitment to providing news and education to the people of Chile.)

# EL AMIGO DEL PUEBLO.

DIOS AVERTERAN LOS QUE HAY HAMBRE I SED DE JUSTICIA, POR QUE ELLOS VERRAN HABITOS.

Los avisos de los suscriptores... (text regarding subscription notices and the newspaper's operations.)

Imprenta del Paucenas plaza de la Independencia, numero 23.

## EL AMIGO DEL PUEBLO

LUNES 15 DE ABRIL DE 1850.

### LOS GUARDIAS NACIONALES.

#### ARTICULO II.

Para reglamentar de una manera eficaz la organizacion de la guardia cívica i para establecerla bajo un pie de igualdad i de justicia, es necesario ante todo hacer cumplir estrictamente el artículo constitucional que impone a todos los ciudadanos el deber de servir en las filas de la guardia nacional.

En la República, los derechos i las obligaciones de los ciudadanos son idénticos, i como en esta forma de gobierno no hai ni puede haber una clase privilegiada, preciso es nivelar entre nosotros las altas cabezas que puedan levantarse sobre el límite de la justicia i de la lei.

Hasta hoy se ha hecho mofa i se ha pretendido con el dicho i con el hecho despreciar las sublimes palabras: igualdad ante la lei. En Chile hai dos leyes; una blanda i moderada, que sirve para la clase podero-

sa i otra dura e infamante que pende sobre el pueblo como una amenaza eterna.

Esta horrible desigualdad, se toca mas de cerca en el servicio cívico a que estamos obligados como ciudadanos. Mientas la clase obrera se ve forzada a dejar sus talleres, a abandonar sus distracciones para asistir a los ejercicios de armas que le impone como un deber la constitucion del Estado, cierta clase poderosa duerme inactiva i desecha con imperio hasta la idea de ir a ocupar su tiempo en manejar un fusil i en entregarse a ejercicios que robustecerian su cuerpo, dándole una práctica utilísima que podría alguna vez aprovechar en beneficio de la patria.

Pero posemos por alto esta circunstancia i fijémonos en las filas de los cuerpos de guardias nacionales tales como son en el dia.

Desde luego nos preguntamos: cual es el halago que tiene el obrero, aparte del placer de obrar bien i de servir a la patria, cual es el halago, repetimos, que lo impulsa i lo estimula en el servicio de la milicia nacional? Es acaso adquirir por su honradez i buena comportacion la influencia de sus compañeros i lograr así un galon en su brazo

i el derecho de dirijirlo? No, porque el obrero está excluido de los grados de oficial; eso se deja para la jente de clase, i el decente i honrado artesano debe a lo mas contentarse con una jneta de sarjento.

Esta injusta desigualdad, este olvido insultante de las buenas cualidades i de las virtudes del obrero, será remediado así que los soldados cívicos puedan elegir desde el comandante que los manda en jefe, hasta el alferoz de la compañía; así los artesanos promiarán a sus buenos compañeros i así se fomentará entre ellos la dignidad, la compostura i la virtud, que a veces olvidan en ese abandono en que viven a causa de nuestras preocupaciones. En el dia hai en nuestros cuerpos cívicos obreros mas dignos de una distincion militar, que muchos de los oficiales que llavan una espada i marchan al frente de una compañía.

Otra de las circunstancias que traban i encadenan la libertad del artesano en el servicio de la guardia Nacional, es la falta de designacion fija respecto a los años de servicio que deben serle obligatorios. Artesanos hai en la milicia cívica que cuentan doce i hasta veinte años de buenos i leales servicios, i a pesar de eso todavia una falta

## FOLLETIN.

### EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Dumas.

#### LAS PREDICCIONES.

##### PROLOGO.

##### CAPITULO III.

LAFITOUHE (Continuacion.)

—¡Puff! qué honor!—exclamó madama Dubarry.—¡Oh! qué honor tan desagradable! Mariscal, otra vez elijid conñidulos de otra hembra, o de lo contrario no vuelva a vuestra casa.

—Dispensad, madama,—repuso Cagliostro,—vos como los demas lo habéis querido.

—¡Yo como los demas!... A lo menos me otorgadme tiempo para elegir mi confesor, por es verdad?

—Ese sería un trabajo superfluo, condessa.—respondió Cagliostro.

—¡Porqué!

—Porque el último que ha de subir al cadalso es un confesor, será...

—¿Quién?—preguntó toda la asamblea.

—El rei de Francia!!

—¡Cagliostro pronunció estas últimas palabras con una voz sorda i tan ligüera, que pasó como un soplo de muerte por encima de los asistentes i los dejó hasta el fondo del corazón.

Enseguida creió un silencio de algunos minutos.

Durante este silencio, Cagliostro apenaró a los abios el vaso de agua en que habia leido todas aquellas profanas; pero no bien habia tocado a su boca, lo rechazó con invencible repugnancia como habria hecho con un cáliz aurageo.

Mientras hacia est movimiento, los ojos de Cagliostro se fijaron en Taverney.

—¡Oh!—exclamó este, creyendo que iba a hablarle;—¿me seguís lo que será de mí, pues yo no os lo pregunto.

—¡I bien; yo lo pregunto en su lugar.—dijo Richelieu.

—Vos, señor mariscal,—respondió Cagliostro,—tranquilizaos, porque sois el único de todos nosotros que morís en su cama.

—¡El café, señores!—dijo el viejo mariscal lleno de júbilo con la prediccion,—¡el café! Todos se levantaron.

Pero antes de pasar al salón, el conde de Haga dijo aproximándose a Cagliostro:

—Caballero, no pienso en evadirme del destino; pero decidme en qué debo desconfiar.

—De un manguito.

El conde de Haga se alejó.

—¡I y!—preguntó Condorcet.

—De una torilla.

—¡Buena! Desde ahora renuncio a los bueros.

I diciendo esto se incorporó con el conde.

—¡I y!—preguntó Favras,—¿qué debo temer?

—Una carta.

—Bien; muchas gracias.

—¡I y!—preguntó de Launay.

—La toza de la Bastilla.

—¡Oh! ya está tranquila.

I se dejó criendo.

—A mi vez, caballero,—dijo la condessa moi turbada.

—Vos, bella condessa, desconfiad de la plaza de Luis XV!

—¡Ah!—exclamó la condessa,—¡ya me ha estropeado en ella un día i ha sufrido mucho! Aquel día habia perdido la cabeza.

—¡I bien; esta vez la perderéis tambien, condessa, pero no la volveréis a hallar.

Madama Dubarry lanzó un grito i corrió al salón al lado de los otros convidados.

Cagliostro iba a seguir a sus compañeros.

—¡Un momento!—dijo Richelieu deteniendolo.—Ve un quedamos mas que Taverney i yo a quienes no habeis dicho nada, ni querido adivinar.

—El señor de Taverney me ha rogado que no le dijese nada, i vos, señor mariscal, estáis me habéis preguntado.

—¡Oh! Vos os lo vuelvo rogar,—exclamó Taverney con las manos juntas.

—Pero, señores; para probaros el poder de vuestro jnis que podríais decirnos una cosa que solo sabemos nosotros dos?

de asistencia es en ellos castigada con la prisión. Esta manera de hacer pasada i pretreñamente enfadosa, una obligación que debe nacer de la voluntad o que al menos debe cumplirse con la conciencia de prestar un servicio desinteresado i únicamente patriótico, produce la demoralización de la institución i viene a ser para el obrero una carga insostenible. Límitese pues a un número de años fijo la obligación forzosa de este servicio; i estamos seguros que los obreros no abandonarán jamás las filas de su batallón una vez que reciban en los cuarteles el trato i las consideraciones que se merecen.

Las faltas de asistencia a las citaciones para el servicio, son regularmente castigadas con una dureza injusta i con ninguna equidad. Hemos visto encerrar por 8 días en un calabozo a un obrero que había dejado de asistir dos ocasiones a su cuartel. Desde el momento en que la patria pide este servicio gratuito, no es justo, ni humano que se fuerce a un individuo a prestarlo, abandonando los que-haceres que van a proporcionarle el pan para su familia, o que se le obligue a presentarse al cuartel cuando su salud exige reposamiento. Esto es lo que regularmente motiva las faltas de los artesanos a sus cuarteles; i es como que se les castigue quitándoles sus días de trabajo i esponiendo sus cuerpos en los húmedos calabozos a enfermedades que destruyen al fin la vida. Estos males, hemos dicho antes de ahora, son motivados por las bárbaras leyes militares con que se juzga en los cuarteles cívicos, i es

necesario destruirlas cuanto antes, haciendo mas halagüeño al obrero el servicio que presta a la República.

Hemos dicho en nuestras primeras lijas de hoy que deberian los soldados elegir a sus jefes; i la necesidad de esta medida se hace mas patente, cuando se entra a los cuarteles i se observa el tratamiento que suelen recibir los artesanos de los impruvidos oficiales que les ponen al frente. Tenientes i Capitanes hemos visto que olvidándose de toda dignidad, de toda delicadeza han atacado con la espada al soldado en la fila, i abusando de la superioridad que concede el grado, se han bajado hasta maltratar de palabra i de obra al obrero que vale sin duda mas que ellos. Hemos visto tambien revelarse la dignidad del obrero contra esos ataques brutales; i hemos sabido que esos rózgos de dignidad han sido castigados en el artesano, con palos i prisión, en tanto que el oficial ha quedado sin castigo i haciendo alarde de su cobarde conducta.

Mientras la organizacion de la guardia cívica mantenga esta chocante desigualdad, mientras el obrero se vea humillado, maltratado, sujeto a la afrenta de los palos i del calabozo; mientras tenga a su frente oficiales que no le inspiran confianza, imposible es que la institución de la guardia cívica adquiera el desarrollo i la altura a que está llamada en una República.

Cuando todos esos males hayan cesado, cuando el obrero se vea tratado como hombre libre i digno.

Cuando su honradez i buena conducta sea premiada.

Cuando se tenga en él tanta confianza que pueda entregarse a su cuidado el arma con que para defender a la patria, entonces podemos desahogar tranquilos las ansias de la tiranía. Entonces el poder militar se auiará como sostenedor del que manda, i vendrá a ser un baluarte más de la libertad; entonces los ciudadanos empuerados con hombres i con armas para hacer frente a todo enemigo exterior a todo despotismo interior.

Esta materia tan importante i de tan inmensos resultados, nos ocupará detenidamente en adelante; invitamos a nuestros hermanos del pueblo a que nos comuniquen las observaciones que hayan hecho sobre los medios de remediar esos males que tan pesado hacen el servicio en los cuerpos cívicos.

**Noticias.**

**CONCORDACION ENTRE GUERRERO I MEXICO.**

El Presidente de la República convino el sábado decaididamente en formar su ministerio con los señores.

- Pérez para el Interior.
- Uruameta (Jordano) para la Hacienda.
- Lacayo de Justicia.
- Vidal para la Guerra.

Apénas esta noticia fue transmitida al club de los retrógrados; Monti i Garrido que no encontraron en el personal del nuevo

—¿Qué cosa?—preguntó Cagliostro sonriendo.  
 —Lo que es honorable. Taverney quiere hacer a Voltaire en lugar de vivir tranquilo en su hermosa posesion de Casa Roja, que el rei ha resignado para él hace tres años.  
 —¿Y tú, mi querido, señor mariscal,—respondió Cagliostro,—hace diez años este caballero que es tu hijo le señorita Andrea miró Luis XV, pero no logró su intento.  
 —¿Por qué?—preguntó Taverney.  
 —El pobre caballero quiere dar en su hijo Felipe de Taverney a la reina María Antonieta. Preguntada se muere.  
 —¿El diablo no lleva si este hombre no es bravo?—exclamó Taverney temblando de pies a cabeza.  
 —¿Oh! qué no hables tan caballerescamente del diablo, mi viejo camarada,—dijo el mariscal.  
 —¿Es espantoso! floritad!—murmuró Taverney.  
 —Te volveré juez implantar por segunda vez la discepcion de Cagliostro, pero esta habia desaparecido ya.  
 —Yamas al salon, Taverney,—dijo el mariscal,—porque sino temerán el castigo en nosotros, o lo temeremos por vosos feo, que sería aun peor.  
 —¿Dónde al salon?  
 —Pero el salon estaba desierto, pues ni un solo cuartabolo había tenido el valor de entrar fuera a cara ni quitar de las terribles profeciones.  
 —Las bujías ardian en sus candelabros, el café estaba ahumando en la cafetera, i el fuego silbando en la chimenea.  
 —Todo era quietud.  
 —¿Que es esto, mi viejo camarada! me parece que vas a tomar un baño en los dos meses a

mano... ¡Oh! ¿pódele diablo te has metido?...  
 —¡Richard miró de todos los lados, pero el bocado que se había escabullido como los dedos.  
 —Es igual,—dijo el mariscal sonriendo por el estilo de Voltaire i frunciendo sus cejas i blando manas cargadas de corchicos.—yo voy el único de los cuartabolos que mora en su casa. ¡El pobre! ¡en mi casa! Cuando de Cagliostro, ya no sé un momento. ¡En mi casa! ¡no es verdad que yo moraría en mi casa, i lo más tarde posible ¡fíjate! ¡mi ayuda de cámara i mis gaceros!  
 —El ayuda de cámara entró con un frasco en la mano, i el mariscal i el pasaron al cuarto de dormir.

**DEL PRÓLOGO.**

**CAPÍTULO I.**

**DEL REYES DISGUSTOSAS.**

Aunque el invierno de 1784, sea monstruo que devoró la vasta parte de la Francia, cuando se refugió a las puertas de la cascada de la de Rochelle, no podiamos verlo hallándonos como nos hallábamos encerrados en su comedor tan silencioso i pernicioso.  
 —Lo único que se percibía era un poco de escarcha en los cristales, hijo de la naturaleza añadido al de los hombres. El invierno tiene sus dismutas, sus polvos i sus bordados de plata para el rico sepultado en sus pieles, tapado en su entera, o empacquetado en los algodones i terciopelos de un aposento caliente. Las escarchas son una pompa toda intemperie un cambio de decoración que el rico mira ejecutarse a través de las vidrieras de sus

ventanas por ese grande i eterno magnífico iluminado Dios.

En efecto, el que tiene calor puede sentirse los arborescencias i hablas que se ven en las sombras prospectivas de las llamas embalsamadas por el invierno.

El que siente subir a su cuerpo los años perfumados de la colina que le rodea, que de repente de vez en cuando, a través de sus vestidos entrecuchados, el hábito perfumado del invierno i el glacial vapor de las nieves que repasa sus miembros.

En fin, aquel que, después de un día sin sufrimientos, cuando han sufrido millones de sus concubinas, se tiende bajo una colcha de plumazon entre frías sábanas, en un cómodo lecho bien caliente, puede hablar, como ese poeta de que habla Lucrecio i al que glorifica Voltaire, que todo marcha bien en el mejor de los mundos posibles.

Pero el que tiene frío no ve nada de todos esos esplendores de la naturaleza, tan rico con su mundo blanco como con su mundo verde.

El que tiene hambre fuera de la tierra i fuera del cielo, del cielo sin sol, i por consiguiente sin esperanza para el desgraciado.

En esa época a que hemos llegado, esto es, hacia mediados del mes de abril, trescientos mil desventurados, muertos de frío i hambre, jactan en París solamente, en París donde se pretendo de que ninguna ciudad encierra más ricos, no se había adoptado ninguna medida para impedir que los pobres pereciesen de frío i de hambre.

Cuatro meses hacia que un cielo de bronce cubalaba los desgraciados de los aldeas a las ciudades.

(Continuaré)